

Antoine Lalande

CELSA - Sorbonne Université

GRIPIC (UR 1498)

antoine.lalande13@gmail.com

Joëlle Le Marec

Muséum National d'Histoire Naturelle

PALOC (UMR 208)

jlemarec@neuf.fr

Por una ecología política de los saberes. ¿Cómo heredar el ámbito de CTS (Ciencia, Tecnología y Sociedad)?¹

For a political ecology of knowledges. How can we inherit STS (Science, Technology and Society)?

DOI 10.35588/rp.v0i18.5938

Resumen

Este artículo tiene como objetivo la protección de las relaciones y de las experiencias de saberes que sentimos como vivos, así como la reflexión sobre los procesos mortíferos que afectan a las instituciones de investigación [les institutions de *recherche*], reflejados, por ejemplo, en la aparición del término “zombi” para hablar de tecnologías o conceptos. Después de mostrar cómo este proyecto pretende recuperar la idea de una ecología política de los saberes, explicamos cómo esta cuestión hereda discusiones epistemológicas y políticas que han marcado el surgimiento de las CTS en Francia durante los años 70. Retomando nuestros respectivos trabajos, mostraremos cómo el carácter vivo y zombificado de los saberes es algo que se experimenta, ante todo, desde la investigación [*l'enquête*]², particularmente en situaciones de encuentro con los públicos de las Ciencias humanas y sociales. En este sentido, defendemos la idea de que la investigación puede constituir una empresa colectiva, a partir de la cual es posible poner en práctica una ecología política de los saberes. Esta última consistiría, por lo tanto, en sondear la dimensión viva o

¹ Traducción de Verónica González Pereira. El presente artículo fue publicado originalmente en francés, véase: Antoine Lalande et Joëlle Le Marec (2022). « Pour une écologie politique des savoirs. Comment hériter du domaine STS (Sciences, technologies et société) ? ». *Les Cahiers de Framespa*, 40. URL: <https://journals.openedition.org/framespa/13069> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/framespa.13069> [Nota de la Traductora, en adelante *N. de la T.*].

² La palabra francesa *enquête* podría ser traducida de modo más específico como *investigación de campo*, para distinguirla así de la palabra *recherche*, usada también en el artículo, tal como se visualiza ya en el Resumen, y que significa *investigación* (en general). Sin embargo, se ha optado por traducir *enquête* como *investigación* (a secas), en cuanto el texto propone *l'enquête* como una “práctica de conocimiento”, ampliando su significado [*N. de la T.*].

muerta de las ciencias en la sociedad, en el intersticio de los lugares de producción de las ciencias profesionales y en sus periferias.

Palabras clave: Saber, ecología, CTS, herencia, investigación.

Abstract

This article's stake is the protection of relationships and experiences of knowledges that can be felt as alive. This is why it also deals with the deadly processes that reach institutions of research that the category of « zombie » tries to describe when applied to technologies or concepts. After having showed how our project try to reconnect with the idea of a political ecology of knowledges, we explain why this issue inherits the epistemological and political debates that characterized the raising of French STS in the 1970's. Then, by going back on our respective researches, we demonstrate how the living o zombifying dimension of knowledges is something that can be felt above all from the fieldwork, and more especially from meeting's situations with the public of these knowledges. In this way, we stand for the idea that inquiry may constitute a collective initiative from which putting into practice a political ecology of knowledges is possible. This ecology would therefore consist in probing the dimension alive or dead of sciences in society, more specially in the interstices of the places of production of professional sciences and its peripherals.

Keywords: Knowledge, ecology, STS, heritage, fieldwork.

Introducción

En su reciente obra titulada *Héritage et fermeture*, Emmanuel Bonnet, Diego Landivar y Alexandre Monnin muestran la importancia de tomar en serio la cuestión de la herencia que dejó el capitalismo (2021). Según los autores, el Antropoceno designa el momento en que “el mundo parece [...] repentinamente demasiado reducido como para albergar las ambiciones de un progreso que ha ignorado sus límites en términos de viabilidad” (2021: 13)³; lo que conduce a la especie humana, y especialmente a aquellos y aquellas que constituyen las “pequeñas manos” (Stengers y Pignarre 2005), a pensar la forma de garantizar la continuidad de la vida –y, sobre todo, de una “buena vida”–, a pesar y a partir de una acumulación de objetos y tecnologías, la mayoría de los cuales se encuentran en estado de “zombificación”⁴.

³ La traducción de las citas textuales realizadas en el artículo es mía [*N. de la T.*].

⁴ Para los autores, las “tecnologías zombis” designan tecnologías basadas en recursos finitos, cuya durabilidad en estado de funcionamiento es mínima. Producidas con componentes que no se inscriben en los grandes ciclos geofísicos, dichas tecnologías no mueren ni desaparecen y, por lo tanto, pasan la mayor parte de su vida en la Tierra como desechos. Al contrario, las “tecnologías vivas” pasan la mayor parte de su vida en estado de funcionamiento y no como desechos (véase Bonnet, Landivar y Monnin 2021: 20-21).

Las “intuiciones exploratorias” de Bonnet, Landivar y Monnin (2021: 139) conciernen a muchos otros aspectos de las consecuencias de la modernidad sobre la sostenibilidad de nuestros modos de vida, en esta contribución pretendemos extender esos cuestionamientos a partir de nuestros propios trabajos y de la manera en la que ellos se hacen eco de las reflexiones sobre las ciencias y los saberes. Buscamos comprender cómo heredar lo que porta el ámbito de Ciencias, Tecnologías y Sociedad (CTS): no solamente obras y autores de referencia⁵, sino sobre todo maneras de recuperar y experimentar sin cesar la cuestión de la responsabilidad y de la reflexividad colectiva en las ciencias. Para nosotros, entonces, las CTS remiten más bien a un entorno y a un terreno en el cual estamos a diario inevitable y activamente comprometidos.

Desde hace varios años, intentamos dar cuenta, a partir de nuestras investigaciones y nuestras situaciones de enseñanza, de aquello que caracteriza a los saberes que experimentamos como vivos, la mayoría de las veces en lugares distintos a los centros de producción científica. En consecuencia, estamos igualmente obligados a describir, por contraste, el aspecto zombificante, incluso mortífero, que pueden tener los saberes en el seno de los lugares profesionales sometidos a fuertes restricciones de gestión que conducen, particularmente, a una rutinización y a una autonomización de los saberes. Así, ¿cómo hacerse cargo de esta herencia con el fin de proteger a los saberes que sentimos como vivos? Y ¿cómo tratar los obstáculos a los que, a pesar de todo, siguen ligados estos saberes?

Más que responder aquí a estas preguntas abiertas, intentamos incitar a las comunidades científicas a tomarse en serio el cuidado de un lenguaje capaz de dar cuenta de la vitalidad potencial de los saberes. En efecto, aunque la categoría de “sensación” casi no parezca científica y aunque los calificativos “vivo”, “zombi” o “mortífero” sean propicios solo para aproximaciones, nos sentimos obligados a movilizarlos, ya que el espectro de categorías que utilizamos para hablar de los saberes que producimos, y de los que somos testigos, nos parece limitado. Sin embargo, esta apertura hacia otra forma de hablar respecto de la dimensión viva de los saberes no puede hacerse a solas. Ella implica que seamos muchas y muchos los que entremos en diálogo sobre unas bases menos normativas que aquellas que resultan hoy peligrosamente

⁵ En particular, véase Jean-Michel Berthelot, Olivier Martin y Cécile Collinet (2005). *Savoirs et savants : les études de la science en France*. Paris: Presses universitaires de France; Dominique Pestre (2006). *Introduction aux science studies*. Paris: La Découverte; Ulrike Felt, Rayvon Fouche, Clark A. Miller y Laurel Smith-Doerr (Coords.) (2017). *The Handbook of Science and Technology Studies. Fourth Edition*. Cambridge (Massachusetts): MIT Press.

mutilantes, al tiempo que asumimos nuestra pertenencia a la investigación y a la enseñanza. Por lo tanto, ambos queremos dar cuenta aquí de una discusión que mantenemos desde hace varios años para pensar seriamente la distinción entre saberes vivos y saberes zombificados, a partir de los impasses mortíferos en los que se canalizan las prácticas científicas, pero también a partir de los terrenos de investigación que las revitalizan⁶. Para ello, recordaremos las tentativas existentes e inspiradoras, dentro del ámbito de CTS, de frenar las lógicas mortíferas en nombre de una ecología política de los saberes⁷, asumida y vivida como una exigencia a la vez colectiva y personal.

Somos conscientes de que la cuestión de la herencia de las CTS no se plantea en los mismos términos que aquella de las tecnologías e infraestructuras que tienen una presencia física tan impresionante como las que se mencionan en *Héritage et fermeture* (centrales nucleares, Internet, redes de automóviles, etc.). No obstante, sería ingenuo reducir las ciencias y los saberes a simples enunciados intemporales desvinculados de sus condiciones de producción y circulación. Efectivamente, uno de los mayores aportes de las CTS es haber trabajado en una des-esencialización y en una complejización de las ciencias, consideradas bajo el prisma de las innumerables mediaciones que las constituyen (lugares, comunidades, escrituras, experiencias situadas, discursos, públicos, etc.) (Pestre 2006). Por lo tanto, nosotros denominamos “ciencia” a estas mediaciones y a sus interrelaciones, las que pueden conferirle, además, una autonomía a distintas escalas de organización técnica y burocrática, y denominamos “saberes” a las diferentes “líneas de fuga” (Adell 2011: 4) experimentadas precisamente en las investigaciones, desde diferentes puntos de ramificación de este entramado, que vuelven a anclar las ciencias en maneras de vivir y habitar.

Lo vivo hace sido durante mucho tiempo una categoría reivindicada para algo distinto de lo que es definido como tal desde el punto de vista de la biología⁸. Pese a ello, el hábito cultural de los usos metafóricos de lo vivo impide tomar completamente en serio aquello de lo que se trata

⁶ Estas reflexiones son llevadas a cabo también en el marco del programa Ecos-Sur Chile 18CH03, que aborda los saberes de la precariedad.

⁷ Contrariamente a los usos metafóricos de esta expresión hechos por la historia material de las ciencias y los saberes, no se trata tanto aquí de describir y producir un saber sobre series de relaciones entre lugares, personas, prácticas y objetos, sino de “estudiar cómo los seres se implican y se requieren unos a otros, [y] entran en composición” (Stengers 2019: 59).

⁸ Véase Judith Schlanger (1971). *Les métaphores de l'organisme*. Paris : Vrin; también Didier Fassin (2018). *La vie. Mode d'emploi critique*. Paris : Le Seuil.

y de lo que somos responsables en Ciencias humanas y sociales. En efecto, la prudencia y la adhesión metodológica e institucional al “Gran Reparto”, entre los fenómenos “naturales” y los fenómenos “culturales”, hacen de lo vivo un indefinido, una zona de contacto tan temida como atractiva (Morizot 2020). Si los llamados a cultivar una sensibilidad y una atención con respecto a los seres de la Naturaleza son hoy frecuentes, ¿cómo re-inscribir y tomar en serio la cuestión de lo vivo desde y dentro de los lugares de la Cultura? (Latour 1991), ¿cómo renunciar a las normas y divisiones científicas estructurantes que han funcionado, al rigor y a los acuerdos relativos que han determinado lo que hace mundo común, obtenidos de la formación de un espíritu científico, es decir, del sacrificio considerable de la sensibilidad en el entorno (Foucault 1966) y de una invisibilización masiva del costo de esta insensibilidad?

Sin embargo, ¿qué significa concretamente hablar de saberes vivos, zombificados o mortíferos? Si consideramos que en muchas situaciones no es la propuesta de definiciones lo que está en juego en la investigación, sino más bien la expresión clara de lo que tiene valor; entonces nos sentimos próximos a una corriente de autores y autoras que han trabajado por integrar la cuestión de lo vivo en el mundo aparentemente autónomo de la cultura. Para Tim Ingold, Donna Haraway, Isabelle Stengers o Anna Tsing, lo vivo se define, ante todo y en una perspectiva deleuziana, como la capacidad de una cosa, en un movimiento siempre esquivo, de aceptar la apertura a una alteridad que la sitúa en una posición de vulnerabilidad⁹. Estos encuentros, indeterminados e irreproducibles, tienen como consecuencia transformar de forma irreversible a los seres del encuentro al vincularlos mediante una relación que puede ser más o menos duradera.

Esta concepción de lo vivo, aplicada a las ciencias y a los saberes, ya fue advertida por Baudouin Jurdant, gran teórico de la vulgarización científica (2009). Este autor mostró que la vulgarización respondía a la necesidad de los científicos de volver a un polo de alteridad para dar sentido a su actividad. En esta línea, la vulgarización es precisamente el lugar por el cual las producciones científicas pueden convertirse en algo distinto de meras escrituras especializadas, leídas y discutidas por unos cuantos especialistas, para así conectarse con otras realidades que dependen de los públicos que se apropian de tales producciones. No obstante, esta dimensión

⁹ Véase respectivamente Tim Ingold (2017). *Faire. Anthropologie, archéologie, art et architecture*. Paris : Éditions Dehors; Donna Haraway (2020). *Vivre avec le trouble*. Vaulx-en-Velin : Éditions des Mondes à faire; Isabelle Stengers (1993). *L'Invention des sciences modernes*. Paris : La Découverte; Anna Tsing (2017). *Le Champignon de la fin du monde. Sur la possibilité de vivre dans les ruines du capitalisme*. Paris : La Découverte.

viva solo está garantizada si los científicos aceptan renunciar al control del sentido y de los usos de sus propias producciones, y entonces aceptar una posición de vulnerabilidad y de dependencia de los demás.

Al contrario, al negarse a esta apertura, las ciencias –es decir, simultáneamente las prácticas, los discursos, los lugares, las comunidades y los instrumentos que las constituyen– corren el riesgo de apartarse de lo que las perturba y las transforma, y entonces de zombificarse, en particular, aislándose de lo que puede alterarlas. La única manera de que ellas no desaparezcan es, por lo tanto, que estén a cargo de instituciones y comunidades que trabajen principalmente en la autonomización de su funcionamiento a fin de evitar las transformaciones no decididas (Beck y Beck-Gernsheim 2002). A pesar de eso, estas ciencias así zombificadas son más engorrosas que mortíferas, pues desvían la atención de otras relaciones posibles hacia aquello que las ocupa. Y se vuelven peligrosas a partir del momento en que se imponen, a veces violentamente, contra su entorno y sin ninguna consideración, en nombre de la legitimidad por principio de una práctica o de un enfoque, y no por su misma fecundidad relativa (Stengers y Schlanger 1991: 52). La incapacidad o la negativa a rendirse ante la alteridad puede generar y mantener una ignorancia, e incluso hacer aceptable la destrucción de ecosistemas, de cuerpos, de trayectorias de vida, de aspiraciones, etc.

De esta forma, la exigencia de pensar los fenómenos de zombificación, no solamente aquella de las tecnologías y las infraestructuras, sino también la de los conceptos y las categorías, lleva simultáneamente a intentar asumir una herencia de no-saberes proliferantes (Proctor y Schiebinger 2008; Corbin 2020) y a considerar con mayor seriedad el hecho de que los saberes están realmente vivos y, por lo tanto, son frágiles. No obstante, a menudo los investigadores y las investigadoras se sienten extrañamente más cercanos a los excesos de una racionalidad limitada y cerrada, formada en los centros de producción científica, que a las experiencias de saberes situados en los márgenes y en las periferias (Le Marec 2020: 9-34), respecto de las cuales no sienten ni responsabilidad ni proximidad, aunque esas experiencias posibiliten una apertura a lo sensible, de lo cual los centros de producción se han ido separando progresivamente¹⁰.

¹⁰ Esto es lo que subrayaron especialmente los *Feminist Science Studies* de finales de los años 70. Véase María Puig de la Bellacasa (2013). *Politiques féministes et construction des savoirs : « Penser nous devons! »*. Paris : L'Harmattan.

Ahora bien, desde hace décadas los movimientos críticos de las ciencias han puesto de relieve los desastres a los que podían conducir las derivas científicas de los centros, al mismo tiempo que informaban acerca de experiencias que intentaban emanciparse de ellas¹¹. A principios de los años 80, fue precisamente en este sentido que las investigaciones en antropología o en etología permitieron tomar en serio la diversidad de las relaciones con los saberes, y entonces con lo vivo. Así, después de mostrar cómo las investigaciones permitieron recuperar una historia implicada de las CTS, presentaremos lo que nos lleva, en nuestras propias investigaciones, a hablar de saberes vivos y de una exigencia ecológica vivida y experimentada en situación. Para concluir, intentaremos finalmente relacionar esta predilección con la necesidad de tratar también los problemas de los procesos de zombificación.

1. Los saberes como cuestión de luchas: las CTS entre las críticas de las ciencias y las experiencias de investigación

La problemática de la vitalidad de las ciencias y de los saberes es un tema que las CTS han tomado en serio desde su constitución en los años 70. Con razón, una parte de este campo de estudio ha sido construido en los movimientos sociales de la época, elaborando una crítica, a veces virulenta, de los estragos ecológicos causados por las ciencias y las tecnologías sobre las poblaciones y los seres vivos. El matemático Alexandre Grothendieck se une al movimiento y a la revista *Survivre* en 1970, antes de dejar el Institut des Hautes Études Scientifiques después de haber descubierto que este estaba parcialmente financiado por fondos militares. La perspectiva que vincula ecología, antimilitarismo y protección de “la vida en general” se desprende de la declaración:

“Objetivo del movimiento: lucha por la supervivencia de la especie humana y de la vida en general amenazada por el desequilibrio ecológico creado por la

¹¹ Véase Mathieu Quet (2013). *Politiques du savoir. Sciences, technologies et participation en France dans les années 68*. Paris : Éditions des Archives Contemporaines; Céline Pessis (2014). *Survivre et vivre : critique de la science, naissance de l'écologie*. Paris : L'Échappée; Renaud Debailly (2015). *La critique de la science depuis 1968. Critique des sciences et études des sciences en France depuis Mai 68*. Paris : Hermann.

sociedad industrial contemporánea [...], por los conflictos militares y los peligros de conflictos militares” (*Survivre* 1970: 3)¹².

En el mismo período, surgieron otras revistas como *Labo-Contestation*, editada entre 1970 y 1973. Los autores eran anónimos, dado que ellos y ellas corrían el riesgo de investigar y revelar el funcionamiento de su propio medio. Efectivamente, los autores denunciaban tanto las relaciones de dominación al interior de los laboratorios, entendidas como una consecuencia estructural de los objetivos de la ciencia en la sociedad capitalista, como la situación de los empleados temporales, el sexismo, las condiciones de trabajo del personal técnico y administrativo, los modos de financiamiento de la investigación, igual que los mecanismos internacionales de sujeción de los países del Sur en la ciencia y la economía de producción de los países del Norte. Otras publicaciones del mismo tipo han sido encontradas recientemente como *Le Module Enragé* en París 7, nacida de un movimiento de empleados en 1975¹³: los testimonios cuestionan los numerosos puntos ciegos del funcionamiento de la universidad, vivida como un lugar de trabajo de muchos empleados distintos a los docentes-investigadores. Entonces, la crítica se dirige aquí a la tendencia de las lógicas científicas a instrumentalizar el cuerpo de los subalternos, con la misma indiferencia hacia los seres considerados que hacia los “objetos” de lo vivo (animales, árboles, etc.).

A mediados de década, *Impasciences* fue una de las últimas revistas alternativas que se crearon. Ella lleva a cabo la transferencia progresiva de cuestiones tratadas en una perspectiva militante anticapitalista, antiautoritaria y ecologista, hacia elaboraciones teóricas que constituyen la base de un nuevo ámbito académico: las CTS. Si los autores son más bien investigadores, *Impasciences* abre paso a revistas que recuperan los cuestionamientos críticos en el campo académico, tal como *Pandore* en la École des Mines a partir de 1978, y después *Les cahiers STS*. A inicios de los años 80, la auto-crítica (Jaubert y Lévy-Leblond 1973) de las ciencias da lugar, por lo tanto, a la creación de un ámbito de investigación que funciona sobre bases cercanas a otras disciplinas, sin buscar necesariamente una transformación de las relaciones con los saberes.

¹² La totalidad de las efímeras revistas de crítica de ciencias citadas en esta sección han sido íntegramente digitalizadas y pueden ser consultadas en: <http://science-societe.fr/>

¹³ Véase Anthony Laurent (2019). « L’Université, ce n’est pas uniquement des enseignants et des étudiants. Entretien avec Annie Dequeker ». *Sciences Critiques*.

Así, las CTS no toman todas las voces menores que se manifestaron y que nutrieron la crítica de las ciencias durante el decenio precedente. Estas voces son entonces rápidamente olvidadas¹⁴; sin embargo, no se apagan. Con el consenso finalmente reconocido en el espacio público que concierne al origen antrópico del calentamiento climático y a la destrucción de lo vivo a finales de los años 2000, un nuevo marco integrador hace posible la gran recuperación del trabajo de auto-crítica de las ciencias, gracias a una apertura ontológica y a un avance de la crítica epistemológica feminista en el corazón de los territorios de lo “teórico”. La diversidad de las críticas expresadas en los años 70, que declinaron en cuestiones y problemas disímiles dentro de un modelo científico analítico clásico, convergen en un marco modificado, borroso, pluralizado, donde la preocupación por lo vivo y la cuestión de la habitabilidad importan más que una ontología unificada.

Nos parece que el reconocimiento epistemológico respecto de la importancia de las experiencias de investigación, por mucho tiempo mantenidas bajo la dependencia de asuntos teóricos, juega hoy un rol en tomarse en serio una pluralización de las relaciones con los saberes. La investigación, como práctica de conocimiento, es simultáneamente lo que distingue a las ciencias (ellas desarrollan técnicas para llevarlas a cabo) y lo que las vincula a muchas otras prácticas existentes, en particular a otras investigaciones de las que los investigadores se benefician, o a las que se enfrentan (Dewey 2006). Ahora bien, la investigación es la que hace converger las aproximaciones pragmáticas, ecologistas, feministas, reabriendo paso a cuestiones de producción de saberes transformadores, que comienzan por interrogar la manera en que estos saberes afectan y transforman el cuerpo vivo del investigador. Bajo los lenguajes de la investigación practicada como técnica de observación y muestreo, se experimenta y se vive la investigación como una forma de prestar atención a lo que ocurre. Ella reactiva constantemente los saberes del cuerpo y las prácticas semióticas más que culturales (Kohn 2017). Los conceptos científicos no se preservan en nombre de una existencia esencialmente discursiva propia a las ciencias y a las disciplinas, más bien son sometidos a la prueba de un entorno que la investigación trata de aprehender (Le Marec 2002).

Las investigaciones han puesto a investigadores e investigadoras en contacto con otras concepciones de lo vivo en múltiples ámbitos examinados en los “no modernos”. En algunas tesis

¹⁴ En particular, es el caso de Françoise d’Eaubonne.

de antropología, esas concepciones no son presentadas como simples enunciados, como producciones culturales relativas a ciertas poblaciones en algún lugar y en un momento determinado: ellas transforman directamente las cuestiones de producción de saber porque transforman a los investigadores. El especialista de las sociedades amerindias Eduardo Viveiros de Castro, en *Metafísicas caníbales*, hace presente el abismo, invisible, que constituye en la literatura académica el gran caudal de lo que ha sido aprendido en contacto con otros, pero que no ha sido reconstruido, ya que la producción de saber en nombre de la disciplina excluía la experiencia transformadora de la relación con el saber de los otros. En su tesis sobre el proceso de repatriación de objetos culturales y sagrados de la comunidad Innu de Mashteuiatsh, en Quebec, Carole Delamour asume la necesidad de salir del marco de “producción” prescrito, controlado y reafirmado en el transcurso de su investigación doctoral¹⁵. Ella expone su dilema y escoge seguir las normas de reconocimiento del saber que descubre entre los Innuatsh, en particular la norma de respeto por los saberes que no están ausentes sino dormidos, dormidos porque vivos. Esta elección la hace capaz de captar la diferencia entre varias formas de ausencia y de silencio: no hay nada donde no existe lo observable, y ya hay, sin esperarlo, un saber existente que no hay que traducir o producir, sino que proteger; lo que lleva a Delamour en su tesis a hablar no de su lugar en tanto observadora, sino del respeto por los saberes que hace suyos en tanto joven investigadora en proceso de aprendizaje.

En términos más generales, la modernidad a menudo ha resultado ser una ficción (Latour 1991) extremadamente costosa que ha funcionado en beneficio de una fracción social limitada, convencida de representar y portar un universalismo al que todos y todas deberían razonablemente seguir sacrificando otros modos de saber. Varias propuestas que tratan de alejarse del relato de la modernidad han sido formuladas e implementadas dentro de las mismas comunidades científicas. Además de la crítica de las ciencias y la emergencia del campo CTS anteriormente aludida, podemos mencionar, en Estados Unidos y en Francia desde la posguerra, la impugnación por parte de las feministas de las normas y las formas estándar de la objetividad científica, y la elección de las ecofeministas de asumir una desesperanza, una indiferencia ante el

¹⁵ Véase asimismo Carole Delamour (2019). « Les multiples résonances du *teuehikan* (tambour) des Innuatsh de Mashteuiatsh dans le renouvellement d’une éthique de l’attention ». *Revue d’anthropologie des connaissances*, 13 (3), 793-816.

progreso y una atención a las vulnerabilidades (Macy 1983). En el frente de la etología y de la primatología, la impugnación de las normas de científicidad por parte de las investigadoras, venidas de posiciones subalternas, implicó por mucho tiempo la sospecha de la mala calidad científica en las prácticas juzgadas insuficientemente racionalizadas, todavía apegadas a formas “salvajes”, arcaicas, relacionadas con los animales (antropomorfismo), hasta que el conjunto de la disciplina se reestructuró finalmente bajo el choque de las transformaciones decisivas aportadas por los saberes relacionales desarrollados en contacto con primates, considerados y estudiados individuo por individuo y en sus relaciones (Despret 2012).

Como hemos visto anteriormente, en la década de 1970, en Francia, proliferaron testimonios e investigaciones gracias a las luchas de emancipación dentro del mismo medio científico, relativas a su propio funcionamiento. Muchos temas fueron luego retomados por los estudios de ciencias sin siempre referirse a una emergencia previa en las luchas políticas dentro de la universidad. Así, Céline Pessis reconstruye una doble dinámica en su investigación: se esfuerza por recobrar una historia de los saberes y de las categorías científicas que esté anclada en cuestiones exteriores a los relatos estrictamente científicos, a la vez que analiza las condiciones de una desaparición y de una reaparición de esos saberes. Examina la construcción de la categoría de “suelo vivo” (Pessis 2020), constituida y conservada durante todo el período de modernización agrícola, desde el período de entreguerras hasta la década de 1980.

Siguiendo la idea, con orígenes discursivos múltiples, según la cual los suelos no son un mero soporte para la agricultura, sino que un organismo complejo que es preciso comprender, Céline Pessis muestra que esta categoría existe no a partir de definiciones que serían depuradas por el método científico, sino que a partir de una composición nunca estabilizada de saberes que incumben a ontologías diferentes (pedología, microbiología, agroquímica, etc.) y a proyectos sociotécnicos distintos. De esta forma, la historia de esta categoría interroga “lo que es designado, estudiado o trabajado como vivo en los suelos cultivados” (Pessis 2020), lo que permite al mismo tiempo poner en evidencia el proceso de invisibilización de esta construcción a partir de los años 80, e interrogar la fabricación de este olvido. Pessis inaugura así, en el seno de los estudios de ciencias, el proyecto de reexaminar las normas y las categorías disciplinares en nombre de una doble constatación: el reconocimiento de que la construcción institucional de la investigación sobre los suelos es deudora de un pensamiento ecológico que ha hecho posible la pluralidad de

las cuestiones, y la preocupación por dar testimonio de saberes olvidados, por reactivar posibilidades y dar cabida a voces minoritarias. Relacionando los trabajos de Carole Delamour y los de Céline Pessis, podemos proponer la categoría del respeto por los saberes dormidos, incluyendo el caso de los suelos vivos.

Al inscribirnos en esta historia, podemos abrir la cuestión de lo que elegimos heredar y en compañía de quién, como la cuestión de la dependencia respecto de los saberes de los otros y de los saberes de las luchas. La cuestión de la herencia no implica solamente aceptar entrar en un continuum de infraestructuras y relaciones que nos veríamos obligados a asumir (Bonnet, Landivar y Monnin 2021), sino que implica también reflexionar en la forma en la que deseamos afiliarnos a una historia “de modo que haga relevo, es decir, que afirme los nuevos datos y las nuevas incógnitas” (Despret y Stengers 2011: 51) que se presentan en un lugar y en un instante preciso. En pocas palabras, la herencia de las ciencias se define “a partir de la cuestión que plantea, la cuestión misma de su recuperación” (Despret y Stengers 2011: 66). Como hemos dicho, una de las cuestiones que plantea esta herencia trata sobre lo que puede contener, ocultar y expresar la vitalidad de los saberes. Ahora bien, es precisamente esta tensión la que se refleja en las situaciones que encontramos en parte de nuestras respectivas investigaciones. Estas no se sitúan únicamente en el terreno de luchas ecológicas comprendidas desde el punto de vista de la Naturaleza, sino que a veces en el corazón de las instituciones como entorno de vida de los saberes.

2. La biblioteca y los cafés militantes: En el paisaje institucional, los saberes como formas de vida

Las investigaciones de Joëlle Le Marec sobre los públicos de la biblioteca y de los museos comenzaron hace más de treinta años en la Bibliothèque publique d’information (PBI) del centro Georges Pompidou, en París¹⁶. Ellas pusieron de manifiesto un enigma de la vida institucional que posteriormente inspiró toda su trayectoria investigativa. Joëlle Le Marec no dejó de intentar esclarecer este enigma experimentado mediante sucesivas formulaciones que conectaban tres

¹⁶ Recientemente, Joëlle Le Marec ha publicado un libro que reúne todos sus estudios realizados en los últimos años. Véase Joëlle Le Marec (2021). *Essai sur la bibliothèque. Volonté de savoir et monde commun*. Villeurbanne : Presses de l’Enssib.

fenómenos interdependientes y que se interrogan mutuamente: el público, la institución y la investigación, al tiempo que lo articulaba con lo analizado y formulado por otros autores. El problema hallado radica en el extraño abismo que existe entre, por un lado, la pobreza mortífera de concepciones respecto del público a pesar de la gran cantidad de estudios y de tipologías producidas a su respecto, los que han acabado por naturalizar su rol como instancia de recepción, disponible para propósitos de evaluación o de ajuste de las políticas públicas o de las relaciones de mercado (Le Marec 2001: 50-55); y, por otro lado, la rica y viva experiencia del contacto con el fenómeno del público y sus infinitas encarnaciones, en el momento de las entrevistas y, por lo tanto, de los encuentros con personas que asumían explícitamente la condición de miembro del público para la investigación (Le Marec 2005: 75-88).

Estos encuentros han puesto en tela de juicio muchos elementos de las teorías del funcionamiento social, aunque se justifiquen en miles de otras investigaciones que han proporcionado datos, materiales, para poner de relieve fenómenos como las relaciones de legitimidad, las elecciones racionales individuales, la maximización de la satisfacción, la producción de “sí”, etc. Sin embargo, la investigación vivida, mientras nos prestemos a los encuentros necesarios para que exista, implica un funcionamiento social que es prácticamente lo contrario de todo eso. Implica la donación de tiempo y atención, el esfuerzo por contribuir a la elaboración de un saber para el bien común, la confianza en la forma social de la investigación cuando se lleva a cabo en espacios de confianza, como las instituciones del saber. Las condiciones de público y de investigador son reversibles, mientras dure el encuentro. El investigador es “público” de los investigados en el sentido de que se presta a lo que los investigados le hacen, y en la medida en que se hace a un lado para dejar espacio a lo que pueda suceder gracias a esta auto-minoración profesional. Los investigados miembros de los públicos resultan ser ellos mismos investigadores, no solamente porque a menudo realizan planes de estudio, sino también porque están discreta y activamente ocupados en aprender incesantemente de un medio que les afecta, y en compartir esta experiencia con los otros. Ellos conocen el *campo* de la biblioteca y este informa de lo que sucede en el conjunto del espacio social. También lo experimentan como un entorno rico y frágil, donde se llevan a cabo proyectos para transformar no la vida de los demás, sino que primero la propia (exámenes, concursos, reorientaciones, etc.).

Los bibliotecarios, que están en el servicio público, son igualmente y a la vez público del público, e investigadores o investigadoras, constantemente ocupados en observar, escuchar, comprender, orientar. La investigación vivida intensamente durante el encuentro puede ser el objeto de un olvido profesional asumido y autorizado una vez que el investigador o la investigadora ha regresado al laboratorio para pretender procesar el material recogido, o puede ser considerada como una situación transformadora, que abre paso al misterio del funcionamiento de los saberes como forma colectiva de vida social, en un entorno intencional consagrado a la vida de los saberes. Ahora bien, la biblioteca, de hecho, está precisamente dedicada a proteger y a mantener las condiciones de posibilidad de una vida social por y para el saber. Esta apertura pone de manifiesto muchas prácticas discretas e invisibles de mantenimiento común de un entorno propicio a experiencias de estudio que se desarrollan en múltiples tiempos, entre ellos el de las posibilidades por venir o de las posibilidades para los otros. La biblioteca no es el lugar donde una oferta se ajusta a una demanda, ni siquiera es el de una optimización de servicios y recursos adaptados, aquí y ahora, a las necesidades. Es el lugar de la vida concreta en momentos que incluyen pasados y futuros.

Dentro de los límites de este artículo, es imposible dar cuenta de todos los elementos que arrojan luz sobre estas prácticas de mantenimiento de los saberes como formas de vida social. Nos limitaremos entonces a decir que el enigma experimentado en el transcurso de las primeras investigaciones encontró una salida con el hallazgo progresivo de trabajos realizados en otros lugares, por otros colegas, sobre y con la ética del *cuidado*. Esos trabajos legitimaron la atención dada a las prácticas activas de borramiento, y a un énfasis puesto no en la búsqueda de visibilidad y legitimidad, sino en las maneras de asentarse y habitar un espacio sin suponer que ello requiera reclamar o defender algo para uno mismo. Los públicos de la biblioteca de estudio saben co-habitar, al menos durante el tiempo que permanecen en su interior, incluso soportan lo que les molesta (bullicio, vecinos). Para nosotros, esas co-habitaciones participan de una ecología ajena a la Naturaleza, y se manifiestan en un cuidado por los saberes. En efecto, mucho más allá del cuidado de sus propios proyectos e intereses, los habitantes de la biblioteca de estudio también mantienen continuamente condiciones y potencialidades en beneficio de un mundo común. Este mundo común está tejido de múltiples relaciones con los saberes vividos intensamente por aquellas y aquellos que dependen de él para sus proyectos de vida o para su reparación, en el caso

de lectores precarios. A veces, estos han expresado explícitamente el vínculo entre el hecho de estar vivo y estar relacionado con los saberes: los libros en las estanterías cobran vida diariamente. Gran parte de lo que conecta los fenómenos del público, de la investigación y de la institución reside en la necesaria invisibilidad de lo que, sin embargo, importa a todos e incumbe a lo vivo: prácticas de borramiento para dejar que algo advenga o hacerle sitio, prácticas de discreción y respeto por la pluralidad de las cuestiones relativas a los saberes, prácticas de mantenimiento de las posibilidades de compartirlos y de su transmisión. Por lo tanto, la biblioteca es un lugar donde se experimenta en alto grado la vitalidad de los saberes, sin que sea nunca necesario objetivar y cuantificar las producciones que hace posible.

En Antoine Lalande, la cuestión de la dimensión viva de los saberes también surgió de las situaciones de investigación. En efecto, tras enfrentarse a la dificultad de “repoblar” (Latour 2010) las ciencias sociales desde fuera de sus centros de producción, Antoine Lalande fue desplazando progresivamente su reflexión hacia la manera de dar cuenta de una pluralidad de lugares y posiciones a partir de los cuales esas ciencias podían ser vividas y experimentadas por públicos diversos. Desde el año 2018, investiga un lugar singular situado en el XX Distrito de París: Le Lieu-Dit. Creado en el 2004 por Hossein Sadeghi, actual gerente del local, este café-restaurante del Este de París tiene por misión acoger y organizar distintos eventos que reúnen a sindicalistas, editores, librerías, militantes políticos y asociativos, habitantes del barrio, simples curiosos, así como estudiantes y académicos comprometidos con la izquierda.

A través de estos eventos, Le Lieu-Dit pretende ser un lugar de debate y convergencia para las diferentes corrientes que conforman la izquierda radical francesa desde el giro de los años 1990-2000. Sin embargo, aunque esté íntimamente ligado a esa historia, Le Lieu-Dit no se deja narrar por el único prisma de esas transformaciones socio-políticas. Este café-restaurante constituye, propiamente hablando, un lugar de ciencias y, sobre todo, un lugar de ciencias sociales. Como insiste en recordar a menudo Hossein, la idea original de este espacio consiste en sacar a las universidades fuera de sus muros: por una parte, para facilitar el acceso a sus saberes a públicos que no se sentirían necesariamente legitimados para franquear el umbral de estas instituciones y, por otra parte, para confrontar a los académicos con los puntos de vista de quienes no necesariamente pretenden discutir sus afirmaciones según las normas académicas

usuales. Desde hace años, Le Lieu-Dit acoge entonces a sociólogos, politólogos o filósofos que se apropian del local como un lugar de sociabilidad de los saberes singular.

Así, la investigación permite dar cuenta de toda una diversidad de historias que narran la dimensión tanto viva como zombificante de los saberes en relación con las ciencias sociales. Por ejemplo, el presente trabajo recoge especialmente el modo en el que Le Lieu-Dit está íntimamente ligado a la trayectoria de Hossein, quien huyó del Irán de la Revolución islámica a principios de los años 80. Como estudiante de secundaria y luego como estudiante universitario durante esos acontecimientos, Hossein dice que se sintió profundamente marcado por un profesor de colegio que, lejos de las miradas indiscretas, discutía con él y sus compañeros sobre los problemas políticos en curso. En sus relatos, Hossein suele asociar la sala de clases con un lugar de refugio, pues ayudaba a soportar de mejor manera las violencias que ocurrían fuera de ella. Unos veinte años después, tras haber iniciado una nueva vida en Francia, no es entonces imposible imaginar que Hossein haya querido recrear un lugar de refugio de este tipo. Si suponemos que Le Lieu-Dit tuvo un efecto reparador para él, es interesante ver que el lugar ha tenido también una función de refugio para toda una parte de la izquierda radical e intelectual¹⁷, algunas de cuyas generaciones siguen todavía marcadas por el período de reflujos de los años 80¹⁸. En el 2009, durante la disolución de la Ligue communiste révolutionnaire (LCR) y la fundación del Nouveau parti anticapitaliste (NPA), Daniel Bensaïd, filósofo y dirigente histórico de la LCR, crea la Société Louise Michel (SLM) en vistas a garantizar la herencia teórica de la Liga y la formación política de las nuevas generaciones. Desde entonces, la SLM se reúne todos los meses en Le Lieu-Dit para organizar allí encuentros que consisten principalmente en la presentación de libros publicados en Ciencias humanas y sociales.

Sin embargo, como han expresado varios miembros de la SLM en entrevistas, la herencia teórica de la Liga resulta difícil de ser transmitida, así lo demuestran en particular la difícil renovación de los equipos y la abrumadora mayoría de “cabellos blancos” que siguen ocupando las filas de los eventos organizados en Le Lieu-Dit. Además, algunos miembros de la

¹⁷ Es decir, tendría una especie de “efecto de lugar” que nada tiene que ver con la expresión popularizada por Pierre Bourdieu. Véase Pierre Bourdieu (1993). « Effets de lieu ». En Pierre Bourdieu (Coord.), *La misère du monde* (pp. 249-262). Paris : Seuil.

¹⁸ Véase Antoine Aubert (2020). *Devenir(s) révolutionnaire(s). Enquête sur les intellectuels marxistes en France (années 1968 - années 1990). Contribution à une histoire sociale des idées* (Thèse de doctorat). Université Paris 1 Panthéon Sorbonne.

SLM no ocultan el carácter esencialmente “entretenido” o “espectacular” que tienen estas veladas para ellos, ya que lo más importante es “reencontrarse con los amigos” que conocieron en los tiempos de la Liga. La mayoría de ellos admite también la dimensión rutinaria de la asociación, en la medida en que los eventos se limitan generalmente a seguir las novedades y el ritmo de publicación de las editoriales. Así, esta historia entrecruzada de la LCR, la SLM y Le Lieu-Dit demuestra que los lugares de refugio, que se caracterizan por su vocación de cuidar y reproducir la vida, pueden igualmente convertirse en lugares zombis, donde las empresas de los saberes pasan a estar principalmente orientadas hacia ambiciones autorreproductoras y autocentradas. Por lo tanto, los saberes de los que se habla aquí pueden perder el contacto con “las exigencias y [los] asuntos de aquellos y aquellas” que no forman parte de ellos y para quienes esos saberes tendrían su pertinencia “en situaciones no predeterminadas para autorizarla” (Despret y Stengers 2011: 13). Todo el trabajo de Hossein es, pues, garantizar las condiciones materiales para la fecundidad potencial de esos encuentros, fomentando tanto como sea posible los eventos susceptibles de reunir a distintos públicos para que “algo pase”. Si bien las condiciones de esta fecundidad siguen siendo bastante imprevisibles y aleatorias, esto es lo que, sin embargo, intentamos comprender prestándoles atención aquí.

No obstante, el carácter muerto o vivo de los saberes hallados en este terreno no se pone a prueba solamente por su dimensión rutinaria o por su incapacidad para abrirse a lo indeterminado. De hecho, los saberes de las ciencias sociales pueden también estar vinculados a condiciones de existencia que son, como mínimo, violentas y destructivas. Mientras seguía la actividad de Fabrice¹⁹, un sindicalista permanente que conoció en Le Lieu-Dit, Antoine Lalande quedó impresionado por la dicotomía entre la potencia profundamente liberadora de estos saberes y la violencia burocrática que al mismo tiempo los autoriza. En la misma tarde, Fabrice podía defender a una persona ante los tribunales laborales –donde esta última, después de haber pasado por historias a menudo sórdidas y difíciles, podía llorar de alivio cuando ganaba su caso– y luego volver a la oficina del sindicato para sumergirse en una serie de disputas internas. Aunque estas disputas concernían sobre todo a cuestiones de poder y al dinero que se debía asignar a una u otra rama del sindicato, también afectaban directamente a los miembros permanentes del sindicato usados para garantizar el seguimiento de los casos judiciales, el desarrollo de las secciones y las

¹⁹ Usamos un nombre ficticio para resguardar el anonimato de la persona y del sindicato.

federaciones, y la formación de los y las militantes. Estas disputas desembocaban a menudo en violencias verbales, psicológicas e incluso físicas, que desgraciadamente Fabrice sufrió. Así, el carácter liberador de la utilización del derecho del trabajo ante los tribunales laborales permanece en este ámbito extremadamente ligado a las consecuencias de la tendencia burocrática del sindicato que, por un lado, garantiza ciertamente la formación militante y el reclutamiento de miembros permanentes, pero que, por otro lado, engendra luchas de poder que pueden conducir a violencias ejercidas contra las personas portadoras de estos mismos saberes.

En consecuencia, la investigación demuestra que no es posible examinar la dimensión emancipadora de ciertos saberes sin examinar, al mismo tiempo, la violencia burocrática que los condiciona. Por supuesto, esto no es válido solamente para el campo sindical, sino que también para el mundo académico. Toda la problemática de la herencia de los saberes de las ciencias sociales consiste, entonces, en comprender cómo desviar las propensiones cancerígenas de las burocracias (Graeber 2015), como las bibliotecas o las organizaciones políticas, al igual que en encontrar los medios para revivificar los saberes que tienden a zombificarse por los códigos, las normas y las prácticas rutinarias. Además, ¿cómo preservar y proteger la dimensión vital y emancipadora de los saberes que pueden ser producidos en el seno de las burocracias?

Conclusión: relacionar las investigaciones, observar los márgenes de los centros de producción de saberes

Hasta ahora, hemos intentado defender un lenguaje que facilite la posibilidad de asumir, en tanto docentes e investigadores, lo que nos parece esencial: la fuerza y la fragilidad de los saberes experimentados como vivos. Sin embargo, estos desarrollos no bastan para tratar la cuestión de lo que bloquea y perjudica la vitalidad de estos saberes. Para concluir, quisiéramos proponer una idea y sugerir una forma, entre otras, de relacionar la protección de lo vivo y la protección contra la zombificación. Nos parece que, efectivamente, ambos movimientos deben distinguirse, pero también vincularse, no en la argumentación sino en el reconocimiento de las proximidades entre investigación y acción. Los trabajos que abordan los efectos de la reconexión con lo vivo por medio de la investigación se sitúan en otro plano que aquellos que proponen tratar *los comunes negativos* (Abram 2013), pues parten de experiencias diferentes de *hacer*

*conocimiento*²⁰, lo que hace poco pertinente su articulación en un registro puramente argumentativo, donde los enunciados funcionan de manera autónoma. Calificar y gestionar las categorías zombis nos devolvería a la promesa de dominar fenómenos que primero se situaron en una espacio de argumentación, y luego acabaron tratándose como problemas. Sin embargo, nos parece que nuestro enfoque de investigación nos permite percibir maneras de pensar el desmantelamiento a través del prisma de una experiencia de ingeniería que también forma parte de una ecología política de los saberes. Subrayamos aquí una pluralización de los saberes que no se representa, sino que se experimenta en colaboraciones que buscamos suscitar.

Contamos entonces con una distribución de esfuerzos situados, que no necesariamente están todos integrados en un mismo marco ontológico. Por nuestra parte, queremos atenernos a lo que es experimentado como vivo, prestar más atención a lo que escapa parcialmente de una estricta argumentación, teniendo en cuenta en cambio el reconocimiento y el interés por lo vivo que sienten también los demás. Así, se trata de trabajar en una transformación de nuestros puntos de atención, de nuestras prioridades, para permitir que opere en este movimiento una confianza en la vitalidad de los saberes y en su carácter transformador y, si es posible, pasar de la posibilidad de pensar en la protección de los saberes vivos a la posibilidad de confiar en la fuerza de estos para protegernos. Ahora bien, es fácil defender esta posición en situaciones informales y textos alternativos, que no comprometen transformaciones institucionales, pero es tremendamente difícil establecerla en la vida profesional y militante cotidiana. Por lo tanto, podemos volver aquí al contraste experimentado entre nuestra preocupación por la dimensión mortífera de las ciencias como sistema productivo, y nuestra predilección por objetos que dan testimonio de lo que sucede y se experimenta en los lugares donde se asume un fuerte valor de los saberes, y en las formas de vida que implican la transformación de uno mismo.

²⁰ Retomamos esta bella expresión de Léo Mariani. Véase Léo Mariani (2022). *Le goût des possibles, enquêtes sur les ressorts symbolistes d'une crise écologique*. Nanterre : Presses universitaires de Nanterre.

Bibliografía

Abram, D. (2013). *Comment la terre s'est tue : pour une écologie des sens*. Paris : La Découverte.

Adell N. (2011). *Anthropologie des savoirs*. Paris : Armand Colin.

Aubert, A. (2020). *Devenir(s) révolutionnaire(s). Enquête sur les intellectuels marxistes en France (années 1968 – années 1990). Contribution à une histoire sociale des idées* (Thèse de doctorat). Université Paris 1 Panthéon Sorbonne.

Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2002). *Individualization: Institutionalized individualism and its social and political consequences*. Londres : SAGE.

Berthelot, J-M., Martin, O. y Collinet, C. (2005). *Savoirs et savants : les études de la science en France*. Paris : Presses universitaires de France.

Bonnet, E., Landivar, D. y Monnin, A. (2021). *Héritage et fermeture. Une écologie du démantèlement*. Paris : Divergences.

Bourdieu, P. (1993). « Effets de lieu ». En Pierre Bourdieu (Coord.), *La misère du monde* (pp. 249-262). Paris : Seuil.

Corbin, A. (2020). *Terra Incognita. Une histoire de l'ignorance (XVIII^e-XIX^e siècles)*. Paris : Albin Michel.

Debailly, R. (2015). *La critique de la science depuis 1968. Critique des sciences et études des sciences en France depuis Mai 68*. Paris : Hermann.

Delamour, C. (2019). « Les multiples résonances du *teuehikan* (tambour) des Ilnuatsh de Mashteuiatsh dans le renouvellement d'une éthique de l'attention ». *Revue d'anthropologie des connaissances*, 13 (3), 793-816.

Despret, V. (2012). *Que diraient les animaux si ... on leur posait les bonnes questions?* Paris : La Découverte.

Despret, V. y Stengers, D. (2011). *Les faiseuses d'histoires. Que font les femmes à la pensée ?* Paris : La Découverte.

Dewey, J. (2006). *Logique. La théorie de l'enquête*. Paris : Presses universitaires de France.

Fassin, D. (2018). *La vie. Mode d'emploi critique*. Paris : Le Seuil.

Felt, U., Fouche R., Miller, C.A. y Smith-Doerr, L. (Coords.) (2017). *The Handbook of Science and Technology Studies. Fourth Edition*. Cambridge (Massachusetts): MIT Press.

Foucault, M. (1966). *Les mots et les choses*. Paris : Gallimard.

Graeber, D. (2015). *Bureaucratie*. Arles : Actes Sud.

Haraway, D. (2020). *Vivre avec le trouble*. Vaulx-en-Velin : Éditions des Mondes à faire.

Ingold, T. (2017). *Faire. Anthropologie, archéologie, art et architecture*. Paris : Éditions Dehors.

Jaubert, A. y Lévy-Leblond, J-M. (1973). *(Auto)-critique de la science*. Paris : Seuil.

Jurdant, B. (2009). *Les problèmes théoriques de la vulgarisation scientifique*. Paris : Édition des Archives contemporaines.

Kohn, E. (2017). *Comment pensent les forêts ? Vers une anthropologie au-delà de l'humain*. Paris : Zones Sensibles.

Latour, B. (1991). *Nous n'avons jamais été modernes. Essai d'anthropologie symétrique*. Paris : La Découverte.

_____ (2010). *Cogitamus. Six lettres sur les humanités scientifiques*. Paris : La Découverte.

Laurent, A. (2019). « L'Université, ce n'est pas uniquement des enseignants et des étudiants. Entretien avec Annie Dequeker ». *Sciences Critiques*. Recuperado de : <https://sciences-critiques.fr/annie-dequeker-luniversite-ce-nest-pas-uniquement-des-enseignants-et-des-etudiants/>

Le Marec, J. (2001). « Le public : définitions et représentations ». *Bulletin des bibliothèques de France*, 46 (1), 50-55.

_____ (2002). *Ce que le terrain fait aux concepts : vers une théorie des composites* (Habilitation à diriger des recherches). Université Paris 7.

_____ (2005). « Ignorance ou confiance : le public dans l'enquête, au musée et face à la recherche ». En Isabelle Pailliant (Coord.), *Publiciser la science. Exposer, communiquer, débattre, publier, vulgariser* (pp. 75-88). Fontaine : Presses universitaires de Grenoble.

_____ (2020). « Forces des savoirs, précarité des conditions. Chercher ensemble ». En Joëlle Le Marec y Hester du Plessis (Coords.), *Savoirs de la précarité / Knowledge from precarity* (pp. 9-34). Paris : Éditions des Archives contemporaines.

_____ (2021). *Essai sur la bibliothèque. Volonté de savoir et monde commun*. Villeurbanne : Presses de l'Esssib.

Macy, J. (1983). *Despair and Personal Power in the Nuclear Age*. Philadelphia : New Society Publishers.

Mariani, L. (2022). *Le goût des possibles. Enquêtes sur les ressorts symbolistes d'une crise écologique*. Nanterre : Presses universitaires de Nanterre.

Morizot, B. (2020). *Manières d'être vivant. Enquête sur la vie à travers nous*. Arles : Actes Sud.

Pessis, C. (2014). *Survivre et vivre : critique de la science, naissance de l'écologie*. Paris : L'Échappée.

_____ (2020). « Histoire des "sols vivants". Genèse, projets et oublis d'une catégorie actuelle». *Revue d'anthropologie des connaissances*, 14 (4). Recuperado de : <https://journals.openedition.org/rac/12437>

Pestre, D. (2006). *Introduction aux science studies*. Paris : La Découverte.

Puig de la Bellacasa, M. (2013). *Politiques féministes et construction des savoirs : « Penser nous devons ! »*. Paris : L'Harmattan.

Quet, M. (2013). *Politiques du savoir. Sciences, technologies et participation en France dans les années 68*. Paris : Éditions des Archives Contemporaines.

Proctor R. N. y Schiebinger, L. (2008). *Agnotology: The Making and Unmaking of Ignorance*. Redwood City: Stanford University Press.

Schlanger, J. (1971). *Les métaphores de l'organisme*. Paris : Vrin.

Stengers, I. (1993). *L'invention des sciences modernes*. Paris : La Découverte.

_____ (2019). *Résister au désastre. Dialogue avec Marin Schaffner*. Marseille : Wildproject.

Stengers, I. y Pignarre, P. (2005). *La sorcellerie capitaliste. Pratiques de désenvoûtement*. Paris : La Découverte.

Stengers, I. y Schlanger, J. (1991). *Les concepts scientifiques*. Paris : Gallimard.

Survivre (1970), (1). Recuperado de : <http://science-societe.fr/survivre-1/>

Tsing, A. (2017). *Le Champignon de la fin du monde. Sur la possibilité de vivre dans les ruines du capitalisme*. Paris : La Découverte.